

Arte que no necesita palabras

Luis Fernando Peláez y Hugo Zapata exponen sus trabajos escultóricos en Bogotá.

María Alejandra Toro Vesga
Cultura y Entretenimiento

El Retiro (Antioquia)*. “La amistad lo lleva a uno a compartir lugares y cosas, con la complicidad de ver surgir ideas y andar por territorios donde se juntan palabras, dudas, músicas, atmósferas”. Luis Fernando Peláez no podría haber respondido mejor qué tiene en común con Hugo Zapata, gran amigo suyo. Nacieron el mismo año, son artistas y arquitectos, y ambos trabajan la escultura, aunque de forma muy distinta. La obra de Zapata es pesada, literalmente. Para mover sus esculturas se requiere una máquina o un ser humano con fuerza sobrenatural. La de Peláez es mucho más liviana, incluso frágil. Quienes han visto piezas suyas como las maletas y puertas intervenidas y resignificadas –en el caso de Peláez– y las pizarras, lutitas y basaltos moldeados por Zapata, lo saben. Están

separadas por su materia y unidas por las inquietudes que manejan: tiempo, espacio, memoria... Y por su más reciente exposición, *Memoria del tiempo*, en el Museo de Artes Visuales de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Peléez dice que en su trabajo hay una pregunta sobre el tiempo que no es ce-

rrada y “viaja sin fronteras”. Los objetos que interviene hablan de ello: la puerta es un lugar de tránsito y las maletas son “navegantes”, compañeras infaltables de los viajes. Trabajadas con resina, transmiten la profundidad del mar o recrean la neblina. Cada personaje u objeto que ubica en el espacio es producto de

una decisión para la cual se toma el tiempo necesario. Peléez no tiene afán. Son “disparadores” de la memoria, que “hablan de grandes migraciones, pequeños desplazamientos, zonas perdidas y anhelos de infancia. Todo eso compone gran parte de lo que somos. No es explicable, pero a lo mejor puede ser visible”.

Zapata también habla sobre el tiempo, exalta los tiempos geológicos presentes en las rocas, su material favorito para expresarse. “La piedra es noble y se deja manejar. Muchas de las que trabajo traen una carga formal que apenas puedo intervenir”, dice el artista. Si a ciertos creadores les cuesta desprenderse de la obra, él sabe cuándo está terminada: “Cuando ya no me deja hacerle nada más”. Ana María Escallón los invitó a exponer en este museo, que también recibe a

estudiantes de arte y de otras carreras. Al respecto, ambos artistas –que fueron docentes por años– no pueden ocultar su emoción por que muchos estudiantes vean su trabajo; una obra que se ha mantenido constante, que es poesía sin texto y que se ha nutrido de palabras, de libros, porque los dos son lectores asiduos.

Decía Milan Kundera en *La insostenible levedad del ser* que en el siglo VI a.C. Parménides planteó que el mundo podía dividirse en opuestos: luz, oscuridad; calor, frío... Que la levedad era positiva y el peso, negativo. “Solo una cosa es segura: la contradicción entre peso y levedad es la más misteriosa y equívoca de todas las contradicciones”. En *Memoria del tiempo* sucede lo contrario: peso y levedad no son antagónicos, sino complementarios.

*Por invitación de Galería Sextante



Zapata exhibe esculturas de sus series 'Flores', 'Afloramiento', 'Cuna', 'Cordillera' y 'Cantos de la tierra', entre otras.



Luis Fernando Peláez, junto a varias de sus obras, hechas con maletas intervenidas. Laura Parra / Escala EL TIEMPO

'Paisajes y lunas'

Zapata también exhibe en Sextante (Cra. 14 N° 75-29), en Bogotá, trabajos de la serie 'Lunas', lutitas talladas en que cada una es un pequeño universo condensado, y piezas impresas en Superboard, material de construcción.

Peléez y Zapata, maestría por partida doble

**Columna
sin título**

Nelly Peñaranda
Crítica de arte

Son pocos los artistas que de forma certera han sobrepasado retos en la historia del arte, al asumir procesos reflexivos ante temá-

ticas tan contundentes y a la vez reiterativas como el tiempo y la memoria. Asuntos que a simple vista parecen lugares comunes a muchos creadores.

Son aún menos quienes han renovado su obra con destreza, inteligencia y maestría, y establecido formas específicas de comunicar a través de sus piezas.

Casi una singularidad son los que han trabajado la escultura como base principal de su producción. Una técnica que parece el 'patito feo' y cada vez pierde mayor cantidad de seguidores y, peor, practicantes.

Más escaso es encontrar a dos artistas, amigos, colegas de oficio, que por más de tres décadas han com-

partido exposiciones dentro y fuera de Colombia, llevando –literalmente– toneladas de historias escultóricas que narran sus particulares maneras de habitar el tiempo y convivir con la memoria. Esto es algo que han hecho Luis Fernando Peláez y Hugo Zapata.

Es más, me atrevo a decir que como casi ningún otro par han logrado –sin proponérselo– algo rarísimo: que aunque cada uno

tiene una impecable obra individual y una concepción del mundo personal, para quien los conoce es imposible no pensar en el otro –obra incluida– cuando se está en presencia de uno de los dos. Sin ser un colectivo ni pareja artística (salvo grandes amigos), es como si, parafraseando una ya celebérrima sentencia real, Zapata fuera complemento para Peláez; Peláez para Zapata, cada uno con su obra,

y de la misma manera, en el sentido contrario.

Por eso, contar con dos exposiciones de ambos en Bogotá, en las que comparten espacios en el Museo de Artes Visuales (MAV) de la Universidad Jorge Tadeo Lozano con obras de diferentes épocas, muy bien exhibidas e iluminadas, y en la Galería Sextante, con piezas recientes, es una oportunidad de esas que hay que aprovechar.

Bogotá eres mi ciudad, tu sistema de transporte me lleva rápido a cualquier lugar.

TE DOY MI PALABRA

DE RESPETAR LA FILA Y PAGAR MI PASAJE.

BOGOTÁ

te doy mi palabra

#Bogotáte doymipalabra

www.bogotatedoymipalabra.com

@bogotadoymipalabra /bogotatedoymipalabra bogotadoymipalabra

Una campaña de:

